

Jules Verne

Miguel Strogoff



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Michel Strogoff*

Primera edición: 1991

Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Halconero del Turkestan (grabado del siglo XIX)

© Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Ínigo Valverde Mordt, cedida por Grupo Anaya, S. A., 1991

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-797-1

Depósito legal: M. 12.632-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

- 11 1. Una fiesta en el Palacio Nuevo
- 25 2. Rusos y tártaros
- 38 3. Miguel Strogoff
- 48 4. De Moscú a Nizhni Nóvgorod
- 68 5. Un decreto en dos artículos
- 82 6. Hermano y hermana
- 92 7. El descenso del Volga
- 105 8. Remontando el río Kama
- 117 9. En tarantás noche y día
- 129 10. Una tempestad en los Urales
- 141 11. Viajeros en peligro
- 156 12. Una provocación
- 172 13. Ante todo, el deber
- 185 14. Madre e hijo
- 200 15. Los pantanos de la Baraba
- 213 16. Un último esfuerzo
- 228 17. Versículos y canciones

Segunda parte

- 243 1. Un campamento tártaro
- 256 2. Una actitud de Alcide Jolivet
- 277 3. Golpe por golpe
- 293 4. La entrada triunfal
- 306 5. «¡Mira con los ojos bien abiertos, mira!»

Índice

- 318 6. Un amigo en el camino real
- 332 7. El paso del Yeniséi
- 345 8. Una liebre que atraviesa el camino
- 362 9. En la estepa
- 376 10. Baikal y Angara
- 390 11. Entre dos orillas
- 406 12. Irkutsk
- 419 13. Un correo del zar
- 432 14. La noche del 5 al 6 de octubre
- 447 15. Conclusión

Primera parte

1. Una fiesta en el Palacio Nuevo

–Señor, un nuevo despacho.

–¿De dónde viene?

–De Tomsk.

–¿Está cortado el hilo más allá de esta ciudad?

–Está cortado desde ayer.

–Haz que envíen un telegrama cada hora a Tomsk, general, y que me tengan al corriente.

–Sí, señor –respondió el general Kissoff.

Estas palabras se intercambiaban a las dos de la mañana, en el momento en que la fiesta que se celebraba en el Palacio Nuevo se encontraba en todo su apogeo. Durante la velada, la música de los regimientos de Preobrajensky y Pavlowsky no había parado de tocar sus polcas, mazurcas, scottichs y valeses, escogidos entre los mejores de su repertorio. Las parejas de bailarines y bailarinas se multiplicaban hasta el infinito por los espléndidos salones del palacio, que se alzaba a pocos pasos de la «vieja casa de

pedra»¹, donde antaño se habían producido terribles dramas, cuyos ecos se reavivaron aquella noche para resonar en las piezas de contradanza.

El gran chambelán de la corte se veía muy bien secundado, por lo demás, en sus delicadas funciones. Los grandes duques y sus ayudantes de campo, los chambelanes de guardia, los oficiales de palacio, por sí mismos, presidían la organización de las danzas. Las grandes duquesas, cubiertas de diamantes, las azafatas de palacio, vestidas con sus ropajes de gala, daban ejemplo valientemente a las mujeres de los altos funcionarios civiles y militares de la antigua ciudad de piedras blancas². Por eso, cuando resonó la señal de la «polonesa» y los invitados de todos los rangos se sumaron a este cadencioso paseo que, en las solemnidades de esta clase, adquiere toda la importancia de un baile nacional, la mezcla de los largos vestidos escalonados de encajes con los uniformes engalanados de condecoraciones ofrecía a la luz de cien arañas, multiplicada por la reverberación de los espejos, un espectáculo indescriptible. Aquello fue el deslumbramiento.

Además, el salón grande, el más bello de los que posee el Palacio Nuevo, prestaba al cortejo de personalidades y damas espléndidamente ataviadas un marco digno de su magnificencia. La rica bóveda, con sus dorados suavizados ya por la pátina del tiempo, estaba como estrellada de puntos de luz. Los brocados de los cortinajes en puertas y ventanas, cayendo en soberbios pliegues, adoptaban unos tonos cálidos de púrpura que se rompían con violencia en los ángulos de la pesada tela.

1. Probablemente la Lubianka, edificio donde tradicionalmente ha tenido su sede la policía rusa de todos los regímenes.

2. Moscú.

A través de los cristales de los amplios vanos de medio punto, la luz que impregnaba los salones, tamizada por un ligero vaho, se mostraba al exterior como el reflejo de un incendio, contrastando vivamente con la noche que, durante unas horas, envolvía al resplandeciente palacio. Por eso, el contraste atraía la atención de los invitados que no se habían entregado a la danza. Cuando se detenían en los huecos de las ventanas, podían divisar algunos campanarios, confusamente difuminados en la sombra, perfilando aquí y allá sus enormes siluetas. Por encima de los esculpidos balcones, veían pasearse en silencio a muchos centinelas con el fusil apoyado en el hombro y el puntiagudo casco coronado por un ígneo penacho que resplandecía bajo los fuegos lanzados al exterior. También escuchaban a las patrullas marcando el paso sobre las losas de piedra, con mayor precisión quizá que los pies de los danzarines sobre los entarimados de los salones. De cuando en cuando se repetía de puesto en puesto el grito de los centinelas y, a veces, una llamada de clarín vertía, mezclándose con los acordes de la orquesta, unas notas claras en medio de la armonía general.

Algo más abajo, ante la fachada, se recortaban unas masas sombrías sobre los amplios conos de luz que proyectaban las ventanas del Palacio Nuevo. Eran los barcos que bajaban el curso de un río, cuyas aguas, punteadas por la luz vacilante de algunos fanales, bañaban los primeros basamentos de las terrazas.

El personaje principal del baile, el que daba la fiesta y al que el general Kissoff había dado el tratamiento reservado a los soberanos, estaba vestido simplemente con el uniforme de oficial de cazadores de la guardia. No era afectación suya, en absoluto, sino costumbre de persona poco dada al atildamiento aparatoso. Su porte contrastaba, pues, con los

soberbios trajes que a su alrededor se mezclaban, y así era como se mostraba la mayoría de las veces, incluso en medio de su escolta de georgianos, cosacos y lesguios³, deslumbradores escuadrones espléndidamente ataviados con los brillantes uniformes del Cáucaso.

Este personaje, de elevada estatura, con aire afable y semblante tranquilo, pero de inquieta frente, iba de grupo en grupo, hablando poco y sin que pareciera prestar más que una atención vaga, ya fuera a las alegres palabras de los invitados jóvenes, ya a las más graves de los altos dignatarios o de los miembros del cuerpo diplomático que representaban ante él a los principales Estados de Europa. Dos o tres de estos perspicaces políticos –fisonomistas por necesidad– habían creído observar en el semblante de su anfitrión algún síntoma de inquietud, cuya causa se les escapaba, pero ni uno solo se habría permitido interrogarle al respecto. En todo caso, la intención del oficial de cazadores de la guardia era, sin la menor duda, la de que la fiesta no se viera enturbiada de manera alguna por sus secretas preocupaciones y, como era uno de los raros soberanos a los que casi toda una sociedad se había acostumbrado a obedecer, aun con el pensamiento, los placeres de la danza no decayeron ni un instante.

Mientras tanto, el general Kissoff esperaba que el oficial a quien acababa de comunicar el despacho expedido desde Tomsk le diera la orden de retirarse, pero éste seguía silencioso. Había cogido el telegrama, lo había leído y su frente

3. Los *georgianos* eran soldados procedentes de Georgia; los *cosacos* eran reclutados entre las poblaciones nómadas o semisedentarias del sudeste de la zona del Ural, de Turkestán y de Siberia, y son soldados de tropa ligera; los *lesguios* pertenecían a los lesgui, pueblo de lengua caucásica que habita en el sur de Daguestán y en el norte de Azerbaiján.

se había ensombrecido aún más. Su mano llegó incluso a acercarse involuntariamente a la guarda de su espada, y volvió a alzarse hasta sus ojos, velándolos por un instante. Diríase que el brillo de las luces se los hería y que buscaba la oscuridad para ver mejor dentro de sí.

—¿Así que —repuso después de conducir al general Kissoff al hueco de una ventana— desde ayer estamos sin comunicación con mi hermano el gran duque?

—Sin comunicación, señor, y es bastante probable que dentro de poco los despachos no puedan atravesar ya la frontera siberiana.

—¿Pero no han recibido aún las tropas de las provincias del Amur y de Irkutsk, igual que las de Transbaikalia, órdenes de marchar inmediatamente sobre Irkutsk?

—Esas órdenes se dieron con el último telegrama que pudimos hacer llegar más allá del lago Baikal.

—Y en cuanto a los gobiernos del Yeniséisk, de Omsk, Semipalátinsk y Tobolsk, ¿seguimos estando en comunicación directa con ellos desde el principio de la invasión?

—Sí, señor, nuestros despachos les llegan y a estas horas tenemos la seguridad de que los tártaros no han avanzado más allá del Irtish y del Obi.

—Y del traidor Ogareff, ¿no tenemos ninguna noticia?

—Ninguna —respondió el general Kissoff—. El jefe supremo de la policía no puede asegurar si ha pasado o no la frontera.

—¡Que envíen inmediatamente sus señas personales a Nizhni Nóvgorod, Perm, Ekaterinburg, Kasírnov, Tiúmén, Ichim, Omsk, Elamsk, Kolyvan, Tomsk y a todos los puestos telegráficos con los que aún esté conectado el cable!

—Las órdenes de Vuestra Majestad serán ejecutadas inmediatamente —respondió el general Kissoff.

—¡Silencio sobre todo esto!

Luego, con un signo de respetuosa adhesión, el general se confundió primero entre la multitud, abandonando en seguida los salones, sin que fuera observada su partida. El oficial, por su parte, se quedó pensativo unos instantes, pero, cuando volvió a mezclarse con los distintos grupos de militares y políticos que se habían formado en varios puntos de los salones, su semblante recuperó la calma que por un momento le había abandonado.

Sin embargo, el grave suceso que había motivado estas palabras rápidamente intercambiadas no era tan desconocido como el oficial de cazadores de la guardia y el general Kissoff podían creer. No se hablaba de ello oficialmente, ni siquiera oficiosamente, es cierto, puesto que las bocas estaban selladas «por orden», pero algunas altas personalidades habían sido informadas de forma más o menos exacta de los hechos que se desarrollaban allende la frontera. En todo caso, de aquello que quizá no conocieran más que aproximadamente los miembros del cuerpo diplomático y que ni siquiera entraba en sus conversaciones, hablaban en cambio en voz baja dos de los invitados, que no se distinguían en esta reunión del Palacio Nuevo ni por sus uniformes, ni por sus condecoraciones, y que parecían haber recibido informaciones bastante precisas.

¿Cómo, por qué vía, gracias a qué don de gentes sabían estos dos simples mortales lo que tantos otros personajes mucho más importantes apenas sospechaban? No es posible decirlo. ¿Acaso disponían del don de presciencia o adivinación? ¿Poseerían un sentido extraordinario que les permitiera ver más allá del reducido horizonte al que se limita la mirada humana? ¿Tendrían un olfato particular para seguir la pista de las noticias más secretas? ¿Se habría transformado su temperamento, gracias a esa costumbre de vivir

de la información y para la información, que se había convertido en ellos en una segunda naturaleza? Sería fácil caer en la tentación de admitirlo.

De estos dos hombres, uno era inglés y el otro francés, ambos altos y delgados, éste moreno, como los meridionales de Provenza, aquél pelirrojo como un *gentleman* del Lancashire. El anglonormando, envarado, frío, flemático, parco en movimientos y palabras, parecía hablar o gesticular solamente bajo el impulso de un resorte que operaba a intervalos regulares. Por el contrario, el galorromano, vivo, petulante, se expresaba a la vez con los labios, los ojos, las manos, con veinte maneras de reflejar su pensamiento, mientras que su interlocutor solo parecía tener una, inmutable y estereotipada en su cerebro.

Estas desemejanzas físicas habrían chocado al menos observador de los hombres; pero un fisonomista que observara más de cerca a los extranjeros habría expresado claramente el contraste fisiológico que los caracterizaba, diciendo que si el francés era «todo ojos», el inglés era «todo oídos».

En efecto, el aparato óptico del uno había quedado singularmente perfeccionado por el uso. La sensibilidad de su retina debía de ser tan instantánea como la de los prestidigitadores, que reconocen una carta con nada más que un rápido movimiento de corte, o solo con la disposición de un naipe que a todos los demás pasa desapercibido. Este francés poseía, pues, en su más alto grado, lo que se ha dado en llamar la «memoria del ojo».

El inglés, por el contrario, parecía especialmente organizado para escuchar y para oír. Cuando a su aparato auditivo llegaba la impresión del sonido de una voz, ya no podía olvidarla, y diez, veinte años después, la habría reconocido entre mil. Sus orejas no tenían, desde luego, la posibilidad

de moverse, como las de los animales que están provistos de grandes pabellones auditivos; pero, puesto que los sabios han llegado a la conclusión de que las orejas humanas no son absolutamente inmóviles, se habría podido afirmar con todo derecho que las del citado inglés, enderezándose, torciéndose, ladeándose, intentaban percibir los sonidos de una forma algo aparente para los naturalistas.

Hay que destacar que esta perfección de la vista y del oído de estos dos hombres les hacía un maravilloso servicio en su profesión, porque el inglés era corresponsal del *Daily Telegraph* y el francés del... De qué periódico o periódicos, no lo decía, y cuando se le preguntaba con quién mantenía correspondencia, respondía chistosamente «con mi prima Madeleine». En el fondo, este francés, bajo su aspecto ligero, era muy perspicaz y fino. Hablando un poco a tontas y a locas, quizá para esconder mejor su deseo de enterarse, no se traicionaba jamás. Su propia locuacidad le servía para callarse y quizá fuera más cauteloso, más discreto que su colega del *Daily Telegraph*. Y si ambos asistían a esa fiesta, que se celebraba en el Palacio Nuevo en la noche del 15 al 16 de julio, era por su condición de periodistas y para mayor edificación de sus lectores.

Ni que decir tiene que estos dos hombres estaban apasionados por su misión en este mundo, que les encantaba lanzarse como hurones tras la pista de las noticias más inesperadas, que nada los asustaba ni los desalentaba hasta triunfar, que poseían la imperturbable sangre fría y la auténtica bravura de las gentes del oficio.

¡Verdaderos yóqueys de este *steeplechase*⁴ de la caza de la información, salvaban setos, franqueaban ríos, saltaban va-

4. «Carrera de obstáculos hípica». (En inglés en el original).

llas con el ardor incomparable de esos corceles purasangre que solo quieren llegar en cabeza o morir!

Por otra parte, sus periódicos no les escatimaban el dinero, el más seguro, rápido y perfecto recurso de información que se conoce hasta hoy. Hay que añadir también en su honor que ni uno ni otro observaban jamás por encima de los muros de la vida privada y que solo operaban cuando había intereses políticos o sociales en juego. En una palabra, hacían lo que desde hace algunos años se viene llamando el «gran reportaje político y militar».

Sin embargo, siguiéndolos de cerca, se verá que la mayoría de las veces tenían una singular manera de juzgar los hechos y, sobre todo, sus consecuencias, cada uno con su «peculiar» forma de ver y apreciar las cosas. Pero en fin, como jugaban limpio, no tenían problemas de dinero y no se amilanaban ante nada, sería mezquino echárselo en cara.

El corresponsal francés se llamaba Alcide Jolivet. Harry Blount era el nombre del corresponsal inglés. Acababan de encontrarse por primera vez en esta fiesta del Palacio Nuevo, de la que estaban encargados de informar en sus periódicos respectivos. Sus diferencias de carácter, unidas a ciertos celos del oficio, debían de hacerlos mutuamente poco simpáticos. Sin embargo, no se esquivaron e intentaron más bien sondearse recíprocamente sobre las noticias del día. Al fin y al cabo, eran dos cazadores que estaban de expedición en el mismo territorio, en las mismas reservas. El tiro que fallara uno podía atinarlo el otro, y su propio interés los obligaba a mantenerse mutuamente al alcance de verse y escucharse.

Aquella noche, pues, estaban ambos al acecho. Había algo en el aire, efectivamente.

«¡Aunque no sean más que bulos⁵ –se decía Alcide Jolivet–, vale la pena gastar un cartucho!».

Los dos corresponsales se vieron inducidos a conversar entre ellos durante el baile, unos instantes después de la salida del general Kissoff, y lo hicieron tanteándose un poco.

–¡Realmente, señor mío, esta fiestecita es encantadora! –dijo con aire amable Alcide Jolivet, creyéndose obligado a entrar en conversación con esta frase, típicamente francesa.

–Ya he teleografiado: ¡espléndido! –respondió Harry Blount fríamente, empleando esa palabra, especialmente consagrada para expresar cualquier admiración de un ciudadano del Reino Unido.

–Sin embargo –añadió Alcide Jolivet–, he creído que debía señalar al mismo tiempo a mi prima...

–¿Su prima...? –repitió Harry Blount con tono sorprendido, interrumpiendo a su colega.

–Sí –prosiguió Alcide Jolivet–, mi prima Madeleine... ¡Con ella es con quien mantengo correspondencia! ¡A mi prima le gusta que se le informe pronto y bien! Así que he creído que debía señalarle que durante esta fiesta una especie de nube ha oscurecido la frente del soberano.

–A mí me ha parecido radiante –respondió Blount, deseando quizá disimular su pensamiento a este respecto.

–¡Y, naturalmente, la habrá hecho usted «irradiar» en las columnas del *Daily Telegraph*!

–Precisamente.

–¿Se acuerda usted, señor Blount, de lo que ocurrió en Zakret en 1812?

5. En el original francés, *Passage de canards*, juego de palabras con la polisemia de *canard*, que puede ser «pato», o bien «bulos», «noticia falsa», «periodicucho».

–Me acuerdo como si hubiera estado allí, señor mío –respondió el corresponsal inglés.

–Entonces –prosiguió Alcide Jolivet–, ¿sabe usted que en medio de una fiesta le fue anunciado al emperador Alejandro que Napoleón acababa de cruzar el Niemen con la vanguardia francesa? Sin embargo, el emperador no abandonó la fiesta y, a pesar de la extrema gravedad de la noticia, que podía costarle el Imperio, no dejó que asomara más inquietud...

–Que la que acaba de mostrar nuestro anfitrión cuando el general Kissoff le ha informado que los hilos del telégrafo acaban de quedar cortados entre la frontera y el gobierno de Irkutsk.

–¡Ah!, ¿conoce usted este detalle?

–Lo conozco.

–Por mi parte, me sería difícil ignorarlo, puesto que mi último telegrama ha llegado hasta Udinsk –observó Alcide Jolivet con cierta satisfacción.

–Y el mío solo hasta Krasnoiarsk –respondió Harry Blount con un tono menos satisfecho.

–Entonces, también sabe usted que han enviado órdenes a las tropas de Nikolaevsk.

–Sí, señor, al mismo tiempo que telegrafiaban a los cosacos del gobierno de Tobolsk con órdenes de concentrarse.

–Nada más cierto, señor Blount; también yo conocía esas medidas, y créame que mi amable prima sabrá mañana algo de eso.

–Exactamente igual que los lectores del *Daily Telegraph*, señor Jolivet.

–¡Así es! ¡Cuando se ve todo lo que ocurre!...

–¡Y cuando se oye todo lo que se dice!...

–Una interesante campaña para seguirla, señor Blount.



—¡Realmente, señor mío, esta fiestecita es encantadora!

—La seguiré, señor Jolivet.

—Entonces, es posible que nos encontremos en un terreno menos seguro quizá que el entarimado de este salón.

—Menos seguro sí, pero...

—¡Pero también menos resbaladizo! —respondió Alcide Jolivet, sosteniendo a su colega en el momento en que éste iba a perder el equilibrio al echarse para atrás.

Y, en éstas, los dos corresponsales se separaron, bastante contentos, en suma, de saber que ninguno de los dos se había adelantado al otro. Efectivamente, ambos seguían estando en liza.

En aquel momento se abrieron las puertas de las salas contiguas al gran salón. En ellas se habían dispuesto vastas mesas maravillosamente servidas y profusamente cargadas de porcelanas preciosas y vajillas de oro. En la mesa central, reservada a los príncipes, princesas y miembros del cuerpo diplomático, resplandecía un centro de mesa de valor inestimable, llegado de los talleres de Londres y alrededor de esta obra maestra de orfebrería refulgían bajo el fuego de las arañas las mil piezas del más admirable servicio que jamás saliera de las manufacturas de Sèvres.

Los invitados al Palacio Nuevo empezaron entonces a dirigirse hacia las salas donde se servía la cena.

En aquel instante, el general Kissoff, que acababa de entrar, volvió a acercarse presurosamente al oficial de cazadores de la guardia.

—¿Y bien? —le preguntó éste con la misma energía que la primera vez.

—Los telegramas no pasan ya de Tomsk, señor.

—¡Un correo, al instante!

El oficial abandonó el gran salón y entró en una amplia cámara contigua. Era un despacho muy sencillamente de-

corado con muebles de roble antiguos y situado en una esquina del Palacio Nuevo. De sus paredes colgaban varios cuadros, entre ellos, varias telas firmadas por Horace Vernet⁶.

El oficial abrió vivamente la ventana, como si faltara oxígeno a sus pulmones, y salió a un amplio balcón a respirar el aire puro que destilaba aquella hermosa noche de julio.

Ante sus ojos, bañado por los rayos lunares, surgía el contorno de un recinto amurallado, en el que se elevaban dos catedrales, tres palacios y un arsenal. Alrededor de aquel recinto se perfilaban tres ciudades distintas, Kitái-Górod, Beli-Górod y Zemlianói-Górod, inmensos barrios europeos, tártaros o chinos dominados por las torres, campanarios, minaretes, por las cúpulas de trescientas iglesias, con verdes cimborrios coronados de cruces de plata.

Un pequeño río de cauce sinuoso rielaba bajo los rayos de luna. Todo aquel conjunto formaba un curioso mosaico de casas de colores diversos que se encerraba en un vasto marco de diez leguas.

Aquel río era el Moskova; la ciudad, Moscú; el recinto fortificado, el Kremlin, y el oficial de cazadores de la guardia que, con los brazos cruzados y la frente pensativa, escuchaba vagamente el rumor que el Palacio Nuevo vertía sobre la vieja ciudadela moscovita era el zar⁷.

6. Horace Vernet (1789-1863), pintor francés, autor sobre todo de marinas, caballos y escenas militares y pintorescas. Fue, por excelencia, el pintor del Primer y Segundo Imperio.

7. Alejandro II (1818-1881), zar reformista que mantuvo buenas relaciones con Francia.

2. Rusos y tártaros

Si el zar había abandonado de forma tan inopinada los salones del Palacio Nuevo, en el momento en que la fiesta que daba a las autoridades civiles y militares, así como a los principales notables de Moscú, estaba en todo su apogeo, era porque más allá de las fronteras del Ural se estaban produciendo graves acontecimientos. Ya no cabía duda, una temible invasión amenazaba con sustraer de la autonomía rusa a las provincias siberianas.

La Rusia asiática o Siberia cubre un área de quinientas sesenta mil leguas y cuenta con alrededor de dos millones de habitantes. Se extiende desde los montes Urales, que la separan de la Rusia europea, hasta el litoral del océano Pacífico. Al sur limita con el Turkestán y el Imperio chino, siguiendo una frontera bastante indeterminada. Al norte, con el océano Glacial¹, desde el mar de Kara hasta el estrecho de Bering. Se divide en gobiernos o provincias, que son

1. Se trata del océano Ártico.